
CAPÍTULO X.

Cómo el poema de la Marquesa encuentra
su natural desenlace.

El teatro adonde nos llama el curso natural de los sucesos que refiero, representa una sala ricamente amueblada; los huecos de los dos balcones por donde entra la luz del día cuando no es de noche, se ven ocupados por dos preciosas jardineras, cuyas tímidas flores, inmóviles sobre el verde oscuro de las hojas, parecen asombradas, sin acertar á explicarse qué especie de naturaleza es la que las rodea, qué mundo es en el que se encuentran.

El arrasado papel que viste las paredes ofrece una curiosa combinacion de dibujo que le da un doble aspecto, pues no se sabe á punto cierto si es fondo blanco con ramos

azules ó fondo azul con ramos blancos; unas veces parece lo primero y otras veces lo segundo; la alfombra y el techo se corresponden de tal modo que forman un doble cielo, pues ambos presentan el fondo azul sembrado de menudas estrellas; dobles cortinas cubren los huecos de las puertas, cayendo en abundantes pliegues, que interrumpen caprichosamente las anchas listas azules y blancas horizontalmente interpuestas, que brillan con todo el esplendor de la seda.

Blanca y azul es también la tapicería que cubre el sofá, los sillones y las butacas; de Venecia son las lunas de los espejos; de bronce los candelabros; de porcelana los jarrones; las mesas descansan sobre garras de león que muerden la alfombra con sus uñas doradas; un velador de cedro, enriquecido con finísimas molduras, ocupa el centro de la estancia; el piano tiende su larga cola junto á la pared, sobre la que destaca sus oscuras formas, como si la música fuera un misterio. Las teclas de marfil y de ébano marcan las notas alegres y las notas tristes, como si quisieran demostrar que en el mundo van en

todo mezcladas la alegría y la tristeza.

Es la habitación que la Marquesa llama su saloncito de primavera, en el que recibe á sus amigos, las noches que recibe, cuando el invierno va ya de capa caída..... En efecto, el ambiente que en esta fresca estancia se respira es tibio, merced al fuego que arde tranquilamente en el fondo de la chimenea, desmintiendo la fría temperatura que se respira en la calle.

El gas que arde en el seno de las bombas de cristal cuajado, sostenidas por los cuatro brazos de bronce que tiende la lámpara pendiente del techo, ilumina el pequeño salón con esa luz igual, viva y pálida, que no es tan alegre como la del sol, ni tan triste como la de la luna, y que sirve, sin embargo, para hacer de la noche día; porque el gas es el sol del siglo XIX, sol que, en oposición al de la naturaleza, sale al oscurecer..... No es el sol de los campos ni de las montañas, que reparte por igual sus generosos rayos sobre la redondez de la tierra, sino el sol de las grandes ciudades, que ilumina las plazas, los salones y los teatros á peso de oro.

Cuatro personajes tenemos en escena, que nombrados por su orden son los siguientes: Luisa, Mercedes, Guillen y Alejandro.

La conversacion que, si es posible decirlo así, traen entre manos, es la siguiente:

La Marquesa (acariciando la mano de Mercedes, que tiene entre las suyas). Señor don Alejandro..... Esta noche hace un mes justo que mi bella Mercedes obtuvo un verdadero..... ¿Se acuerda V.?

Matusalem (componiéndose la corbata). Sin duda alguna, lo recuerdo perfectamente, y recuerdo más todavía..... recuerdo que usted, con ese golpe de vista que no es posible negarle, vaticinó el triunfo, diciendo: La vírgen América matará esta noche de celos á la vieja Europa.

La Marquesa (sonriendo). Es cierto; mas no quiero que me gane V. á memoria, y á mi vez recuerdo que aquella misma noche tuvo V. la bondad de darme un consejo, que he cumplido al pié de la letra. Hoy hace treinta días, y ya soy dueña de mi secreto.

Matusalem. Confieso que es V. invencible en todo; ha sabido seguir un consejo y guar-

dar un secreto, y es cuanto se puede pedir á la discrecion más consumada.

Mercedes (reclinándose en su butaca). Hola, consejos y secretos.

La Marquesa. Sí; este buen señor tiene tambien sus pretensiones literarias, y mira tú qué capricho: me aconsejó que guardára por un mes el secreto de mi poema.

Mercedes. Ah..... sí, tu poema.....

Guillen. Oh, oh..... un poema.....

Matusalem. Ni más ni ménos. La Marquesa, que es la criatura más espiritual que conocemos, puso hace dos meses en espectacion al mundo, encerrándose en el seno de su casa como suele el sol esconderse entre las nubes; semejante eclipse produjo naturalmente la más profunda oscuridad, y todos íbamos á tientas buscando la causa de reclusion tan inesperada, achacando el caso á todo género de suposiciones, sin que nadie cayera en la cuenta de que necesitaba la soledad más profunda y el más completo reposo para urdir la delicada trama de un poema. Al mes tuvo terminada la obra y abrió sus salones, y el mundo se precipi-

tó en ellos á ver..... claro está..... á ver el sol..... de cuyos brillantes rayos habia carecido por espacio de treinta dias consecutivos.

Mercedes. Se necesita un gran genio para urdir en solo treinta dias la trama de todo un poema. ¿Es verdad, doctor?

Guillen. Señora, los talentos superiores se encuentran esas cosas hechas. Miéntas un sabio necesita medio siglo para dar con el secreto de alguna verdad científica, un poeta se encuentra un poema de manos á boca al volver de una esquina. Pásmense ustedes. Cuatro siglos próximamente ántes que Newton descubriera el grano de anís de la gravitacion universal, Dante la habia adivinado, encontrándosela..... ¿dónde dirán ustedes?..... es curioso, en el último rincon del infierno. Cuesta mucho estudio y muchos años adquirir ciencia, pero tener talento creo yo que no ha de costar trabajo ninguno. ¿Es verdad, Marquesa?

La Marquesa. En honor de la verdad debo decir que yo he necesitado dos meses para redondear el pensamiento, y que, lo con-

fieso francamente, anudar el último hilo me ha costado mucho trabajo.

Matusalem (tosiendo). Y añada V. á eso las correcciones indispensables que siempre hay que hacer, porque no siempre se ven las cosas del mismo modo; y cuantas veces ocurre que es preciso variar el principio, porque el nudo no está bien hecho; ó lo que es más frecuente, variar el final, porque los finales son terribles; el arte reclama que sean naturales é inesperados, y eso debe ser muy difícil.

Mercedes. Me parece á mí que la Marquesa, que ha sabido imaginarlo y tejerlo, no habrá omitido estudio ni observacion para darle felizmente la última mano.

La Marquesa. Sí, niña mia; he puesto en esta tarea mis cinco sentidos..... y ¿qué quieres?..... (*riyéndose á carcajadas*), vanidad de autor..... cuento con un éxito seguro.

(*Matusalem y Mercedes se miran un momento.*)

Guillen (dirigiéndose á la Marquesa). ¿De manera que es obra concluida?

La Marquesa. Concluida..... no falta más que darla á luz.

Matusalem. Aplaudirémos.....

La Marquesa (completando la frase). A rabiar, así lo creo.

Mercedes (mordiéndole suavemente la punta de su pañuelo). ¿Y lo darás á luz muy pronto?

La Marquesa. Muy pronto.

Guillen (con aire meditabundo). Estoy pensando que va á causar una gran sorpresa.

La Marquesa. Mucha.

Mercedes. Cúntanos el argumento.

La Marquesa. Ten paciencia, querida mia..... esas narraciones anticipadas suelen desvirtuar el efecto, porque quitan la sorpresa, pierde la obra la novedad necesaria y se compromete el éxito.

Matusalem. Paciencia, señorita, paciencia..... á la Marquesa le interesa mucho el éxito de su obra, y esto es muy respetable. *(El reloj que late acompasadamente sobre el mármol de la chimenea, señala las diez con su aguja de oro, y el timbre oculto detras de la esfera suena diez veces consecutivas en iguales intervalos, como quien añade la palabra al gesto. Hace la Marquesa un movimiento de impaciencia, y Matusalem continúa diciendo:)*

Acaso..... y sin acaso..... nadie tiene tanto interes como la Marquesa en que su obra sea conocida y el éxito un hecho consumado; mas comprende que..... *(En este momento se alza suavemente la cortina que cubre, digámoslo así, la puerta del fondo, y aparece Miguel, que se detiene.)*

La Marquesa. Adelante, adelante. Llegá usted á tiempo.

Miguel adelantando. ¡Qué ocurre, qué ocurre!

(Matusalem y Guillen se ponen de pié mientras Miguel saluda primero á la Marquesa y despues á Mercedes.)

La Marquesa. Ocorre que.....

Mercedes (con infantil viveza.) Se trata del poema de la Marquesa, del cual deberá usted tener noticia.

Miguel. En efecto, tengo una idea; y si atendemos al superior talento de la Marquesa, debe ser una obra de arte muy bien conducida, aunque se le encuentre algun defecto.

La Marquesa. ¡Cuál!

(Miguel se detiene reflexionando.)

Guillen (sentenciosamente). Todas las obras humanas son defectuosas.

Mercedes. Veamos, veamos ese defecto.

Matusalem. Voy á permitirme una observacion. Nos será imposible apreciar justamente el valor del defecto si no conocemos ántes la intriga, digámoslo así, en que se funda el argumento.

Guillen. La observacion no puede ser más oportuna; porque, en verdad, para que un ciego comprenda que el sol tiene manchas es preciso que lo vea. (*Dirigiéndose á la Marquesa.*) Y aquí tiene V., señora, una razon crítica de primer orden, que desvanece de antemano la sombra de ese defecto, que el señor Lanuza encuentra á su poema. Las manchas de que hablo no le quitan al sol el privilegio de ser una obra maestra.

La Marquesa. Muy bien, doctor; tiene usted una lógica irresistible, y es una lástima que haya enfermedades tan poco razonables que no se dejen convencer; pero es el caso que estos señores han picado mi amor propio de autora y..... (*riyendo á carcajadas.....*) no voy á dormir tranquila si no se

aclara el punto en una discusion académica. Felizmente los amigos nos han abandonado esta noche y podemos entregarnos á una conversacion, que, por lo que voy viendo, no dejará de ser luminosa. Vamos, Miguel, usted tiene la palabra.

Mercedes. Permíteme, querida mia, pero el argumento es lo primero.

Matusalem. Oh, sí, el argumento es indispensable.

Guillen. Sin duda hay que proceder con conocimiento de causa.

La Marquesa (sonriendo). El argumento es sumamente sencillo. Imagínense ustedes..... un amor.....

Matusalem. Un amor enteramente original.....

Guillen. Eso es de cajon.

La Marquesa. Hé ahí todo el argumento. ¿Qué les parece á ustedes?

Mercedes. De manera que no habrá más que dos personajes.

La Marquesa. Dos.

Guillen. Y es bastante. Adan y Eva.

Miguel. Y no hay que temer que la crí-

tica intolerante encuentre pobre el argumento..... Yo supongo que habrá V. desplegado todas las galas de su ingenio; yo sé que el amor se presta á muchas nuevas y variadas combinaciones. Atala y Chactas, Pablo y Virginia son ejemplos del partido que una imaginacion rica y un corazon delicado pueden sacar de ese sentimiento, acerca del que solemos engañarnos muchas veces..... Mas, ó yo desconozco por completo la índole del talento de que V. dispone, ó indudablemente ha seguido en su obra un rumbo distinto. Por de pronto, me inclino á creer que hay en medio de la sencillez primitiva del argumento un gran artificio.

La Marquesa. Explíquese V.

Miguel. Imagino yo que nuestra heroína no ha de ser ni tan salvaje como Atala, ni tan inocente como Virginia; su amor será más culto, más erudito, si me es permitido decirlo así. Parto del supuesto de que se trata de una mujer de mundo, para quien el amor es un pasatiempo, un capricho, una conquista, y en ese caso calculen ustedes el juego que puede dar toda la traviesa coque-

tería de una mujer hermosa, experta y seductora..... qué género de sorpresa, de temores, de esperanzas y de deseos podrá despertar en el corazon del hombre que haya elegido su ociosidad, su interes ó su capricho; y aquí tienen ustedes una serie interminable de situaciones tiernas, en que ella, como siempre, hará su papel admirablemente, pasando con habilidad suprema del abandono á la resistencia, de la confianza á la reserva, de la timidez á la audacia, de la sonrisa á las lágrimas; que, en fin, agotados los recursos de la comedia, del drama y de la tragedia, pondrá á la inmensidad de su amor el obstáculo inmenso de las murmuraciones del mundo, la dificultad insuperable de su decoro comprometido. Hé aquí por qué, conociendo y estimando en todo su valor los grandes recursos de que dispone la amena imaginacion de la Marquesa, desafio á la crítica más descontentadiza á que no reconozca en la obra de que hablamos el doble mérito de la sencillez y del artificio.

Guillen. ¡Magnífico!

Mercedes. Oh, esto es muy interesante.

Matusalem. Yo estoy con la boca abierta.

La Marquesa. Verdaderamente no sé qué hacer con tantos aplausos anticipados, y voy á erigirme en censor de..... de mi propia obra. Supongo que no se me negará este derecho.

Guillen. De ningun modo.

Mercedes. Lo tienes, pero úsalo con prudencia.

Matusalem. Oigamos, porque ahora debe entrar lo bueno.

La Marquesa. Supongamos que la mujer cuyo retrato acaba V. de bosquejar es, en efecto, mi..... mi personaje, y en ese caso es forzoso admitir que el empleo artificioso de tantas seducciones debe tener un objeto extraordinario, una ambicion desmedida, una codicia desatentada ó una vanidad incomprendible, de forma que el otro personaje debe ser, cuando ménos, el gran Tamberlan de Persia, ó el mismo Emperador de todas las Rusias; bello como Apolo, poderoso como Júpiter, rico como Creso; de otra manera no se justifica ni el pasatiempo ni el capricho de mi heroína. Ahora bien, el gran Tamber-

lan de Persia, el Júpiter, el Apolo y el Creso, es un simple mortal, á quien yo he supuesto nobleza de corazon, superioridad de alma; esa grandeza en las acciones, en los pensamientos y en las palabras que distinguen á los hombres de verdadero mérito del vulgo de los hombres, pero que ni es rico, ni poderoso, ni más bello que otro cualquiera..... un hombre oscuro para el mundo, perdido en las últimas sinuosidades de la sociedad..... Mi heroína, pues, no tiene piés ni cabeza al pensar en semejante conquista, ó hay que convenir en que está verdaderamente enamorada, y en tal caso..... señor de Lanuza, desaparece todo el artificio de la mujer, quedando únicamente la sencillez del afecto.

Miguel. La objecion sería incontestable verdaderamente, si para poner en movimiento la vanidad de una mujer fuera absolutamente indispensable ser Júpiter, Creso ó Apolo, cuando en realidad basta que haya otra mujer por medio. (*La Marquesa hace un movimiento como queriendo interrumpirle, y él sigue.*) No es éste precisamente el caso que

yo supongo; hay otros varios que puede sacar á relucir la coquetería de la mujer más seductora para deslumbrar al hombre más insignificante.

La Marquesa. Venga un caso.

Guillen. Con uno basta.

Mercedes. Tal vez sea muy difícil encontrarlo.

Matusalem. Ahora lo veremos.

Miguel (reflexionando). Supongamos que en su calidad de heroína es una mujer fuerte, pero no tanto que no tenga alguna debilidad. Imaginemos una..... una cualquiera..... por ejemplo, démosle un hermano, cosa bien natural, y convengamos en que es débil con su hermano. Este hermano se empeña en un lance de amor que le tiene sorbido el seso y en el cual ha comprometido toda su fama de galanteador invencible, y lo que más lo desespera es que tiene un rival..... un rival venturoso, un rival que es preferido; el obstáculo es serio, y el pobre hermano está á punto de volverse loco..... y le ocurre la idea de tenderle el lazo de su amistad, y el otro pobre cae en el lazo. (*Matusalem se muere de los*

labios.) Lo lleva á su casa y lo mete en su corazón; pero esto no es bastante, porque el rival continúa siendo un obstáculo insuperable..... Entónces la hermana se interpone..... pues, y el hermano triunfa. ¿No es éste un caso?

Guillen. Muy posible.

Matusalem. Posible sí, pero no frecuente.

Mercedes. ¿Qué te parece á tí, Marquesa?

La Marquesa. Me parece que ese rival, que tan fácilmente se deja seducir por otra mujer, no vale la pena de ser seducido.

Matusalem. Oh, eso es muy humano.

Guillen. Ya lo creo. No se encuentra en la historia un hombre más fuerte que Sanson; pues bien, Dálila le cortó el cabello, y la fiera se convirtió en un cordero.

La Marquesa. Sí; pero Sanson, ciego, fué al templo, se asió á las columnas y aplastó á todos sus enemigos.

Miguel. Yo, en el caso que acabo de exponer, sería más generoso. Me acercaría á la mujer que de ese modo me hubiese engañado, y le diría: «Hermosa criatura—porque

es absolutamente preciso que sea hermosa— olvido tu amor como si jamás hubiera existido, pero también del mismo modo olvido tu ofensa.»

La Marquesa. ¿Así terminaría V. la especie de poema que nos ha contado?

Miguel. Así, porque ése es su natural desenlace, y no hay otro.

(La Marquesa hace un movimiento por medio del que indica que va á hablar, pero debe oírse un ruido repentino en el interior de la casa, que llama su atención, y se detiene escuchando. Todos hacen lo mismo.)

Guillen. Algo ocurre por ahí fuera.

Mercedes. En efecto, parece que á la vez hablan todos los criados.

Matusalem (levantándose, acercándose á la puerta y escuchando). El ruido se aproxima.

La Marquesa. Doctor, llame V. y veamos qué es esto.

(Guillen coge el cordón de seda azul y blanco que cuelga junto á la chimenea, al mismo tiempo que levantándose la cortina de una de las puertas, aparece un nuevo personaje.)

Mercedes. ¡Ah!.....

Guillen. ¡Demonio!

Matusalem (acercándose al nuevo personaje y abrazándolo). No hay duda!

Miguel (inclinándose hácia la Marquesa). Señora, ahí tiene V. á su hermano.

La Marquesa. Sí, caballero.

El Duque (despreñándose de los brazos de Matusalem y adelantándose). Querida hermana, acabo de llegar y he subido á abrazarte. No hubiera podido dormir sin este requisito. *(Reparando en Mercedes.)* Pero ¡ah! no sabía yo que estabas tan bien acompañada. ¡Señorita! *(saludando á Mercedes, que le contesta con fría cortesía.)* Insigne Alejandro, famoso doctor..... ¡Hola! Y aquí también mi buen secretario..... Esto es lo que se llama un delicioso *petit comité*. Mas..... juraría que no causa mi presencia el mayor regocijo. Hermana, estás excesivamente pálida..... y cruelmente muda..... Mercedes ni siquiera se muestra sorprendida..... el doctor parece que está á la cabecera de un moribundo..... Mi secretario *(contemplándole)* cualquiera diría que es otro..... y V., pequeño Alejandro..... ¿qué cara es ésa?

La Marquesa. No te esperábamos en este momento, y nos has causado una verdadera sorpresa.

Guillen. Una sorpresa semejante á la que nos causó su ausencia. Señor Duque, su desaparicion hizo un efecto asombroso.

Mercedes. Un gran efecto; la Marquesa únicamente no participó de la emocion general..... no se habló de otra cosa en un mes.

Matusalem. ¿Y qué tal, qué tal ha ido por esos mundos?

El Duque. Muy bien. París es una delicia..... pero.....

Miguel (interrumpiéndole). Sí; por la Marquesa he sabido que ha sido V. muy dichoso en su viaje, pero que, cansado de tanta felicidad, se volvia.....

El Duque. Es cierto; así se lo escribí á mi hermana.

(Un criado levanta una cortina, da dos pasos y se inclina diciendo:)

«El coche de la señorita de Vegahonda.»
(Mercedes se levanta.)

El Duque. ¡Tan pronto!

Mercedes. Sí, amigo mio, ha llegado usted muy tarde.

El Duque. ¡Tarde, y aún no son las doce!.....

La Marquesa (besando á Mercedes, que se despide). Sí, Javier, es tarde.

Mercedes. Duque, le deseo una buena noche. Doctor, le recomiendo á V. á la Marquesa, á quien la inesperada presencia de su hermano ha puesto algo nerviosa.

El Duque. Hermana, ¿no te sientes bien?

La Marquesa (soltando una carcajada). Oh, me siento perfectamente.

Mercedes (saludando á Matusalem). Buenasnoches. *(Despues saludando á Miguel.)*

Sr. Lanuza. (Hace una graciosa cortesía y sale seguida de la Marquesa y del Duque.)

Guillen (tomando su sombrero). Me parece que esto es asunto concluido.

Matusalem. Así parece.

Miguel. Así es.

Matusalem. ¿No habrá explicaciones?

Miguel. No. *(Cogiendo tambien su sombrero.)*

El Duque (entrando). Mi futura está re-

sentida conmigo..... tiene razon..... pero ya la convencerémos..... Ahora, querido secretario..... vámonos; tenemos que charlar mucho.

(La Marquesa entra sin ser notada.)

Miguel. Ay, señor Duque, no es posible..... nos va á separar un abismo.

El Duque. ¡Un abismo!

(Matusalem tira suavemente de la levita á Miguel.)

Miguel. Exactamente. Dentro de cuatro horas salgo de Madrid..... Voy á África, á la Argelia.

El Duque. ¡Demonio! ¡á qué!

Miguel. A dedicarme á la caza de leones.

El Duque. ¿De manera que me deja usted sin secretario?

(Matusalem ve á la Marquesa y se dirige á ella.)

Marquesa (á Matusalem en voz baja y apretando los dientes). Nunca.

Matusalem. Tendré paciencia.

La Marquesa. Es V. un infame.

Matusalem. Y V. una loca.

Guillen. Es un capricho que te puede cos-

tar caro..... la caza de leones es bastante peligrosa.

El Duque. Ya lo creo; como que no se dejan cazar tan fácilmente.

Miguel. Allá verémos.

La Marquesa (acercándose). Javier, tú despedirás á estos señores, porque yo me retiro.

Guillen. Nosotros tambien nos retiramos. Marquesa, buenas noches.

Miguel (inclinándose hácia la Marquesa y tendiéndole la mano). Señora.....

La Marquesa (irguiéndose y tocando la mano de Miguel con la suya). Caballero, muy buen viaje.

(Sale el Duque acompañando á Miguel y á Guillen, y Matusalem se acerca á despedirse de la Marquesa.)

Matusalem. Éste era el natural desenlace del poema.

La Marquesa. Éste es mi castigo.

(Llega Matusalem á la puerta, y con la cortina alzada se queda contemplando á la Marquesa con sonrisa de triunfo.)

La Marquesa. Me ahogaré mil veces ántes que exhalar un suspiro.

(Vuelve la cabeza, ve á Matusalem y suelta una sonora carcajada.)

Matusalem. Parece que celebra V. mi triunfo.

La Marquesa. Sí, lo celebro..... lo celebro con toda mi alma.

Matusalem. Gracias. *(Hace una reverencia y desaparece dejando caer la cortina.)*

FIN DEL LIBRO TERCERO.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO DEL TOMO TERCERO.

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO PRIMERO.—Dos problemas insolubles.	5
CAP. II.—La luna de miel.	29
CAP. III.—Empieza la araña á tejer de nuevo su tela.	61
CAP. IV.—La vieja Europa y la vírgen América.	91
CAP. V.—Una visita que parece una aparicion.	123
CAP. VI.—Dos noticias interesantes que no tienen nada de particular.. . . .	155
CAP. VII.—Los amigos.	187
CAP. VIII.—Donde se come bien, se bebe mejor y se habla por los codos.	219
CAP. IX.—Un cuadro histórico.	251
CAP. X.—Cómo el poema de la Marquesa encuentra su natural desenlace.	277

FIN DEL ÍNDICE.